

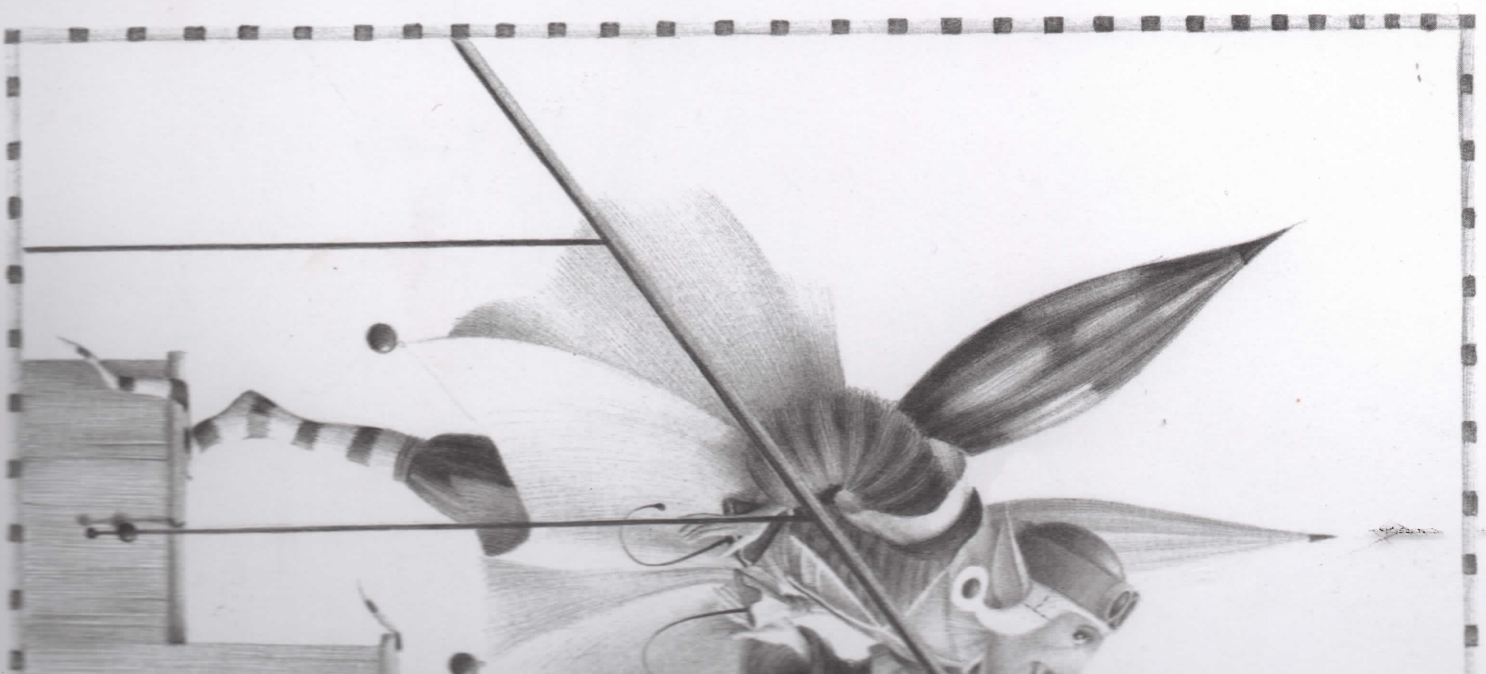
No hay nadie en el mundo capaz de contar tantos cuentos como Ole Cierraños. ¡Y qué bien lo hace!


Al caer la noche, cuando los niños ya descansan en su habitación, sentados en el escabel junto a la cama, aparece Ole Cierraños. El elfo sube las escaleras de puntillas, para no hacer ruido, abre la puerta muy despacio y deja caer un poco de arena sobre sus ojos, solo unos granitos, lo suficiente para que les resulte imposible mantenerlos abiertos y que lo vean. Después, con mucho sigilo, se coloca tras ellos, sopla en su nuca y, al instante, la cabeza empieza a pesarse demasiado... Por supuesto, no les hace ningún daño; Ole Cierraños solo quiere lo mejor para los niños. Lo único que pretende es que estén tranquilos, y sobre todo lo están mientras duermen.

En cuanto los niños concilian el sueño, Ole Cierraños se sienta junto a ellos en la cama. Viste muy elegante, con prendas de seda, pero resulta imposible saber si son verdes, rojas o azules, porque, cada vez que gira, su ropa cambia de color. También lleva un paraguas debajo de cada brazo: uno, repleto de dibujos, que al abrirlo sobre los niños buenos hace que sueñen historias maravillosas toda la noche; el otro, en cambio, el que no tiene nada, ese lo reserva para los niños que se portan mal, y, cuando lo abre sobre sus cabezas, se quedan tan profundamente dormidos que no despiertan hasta la mañana siguiente, sin haber soñado.

Ahora os contaré cómo el elfo Ole Cierraños visitó noche tras noche, durante toda una semana, a un niño llamado Víctor.

Serán siete cuentos, tantos como días tiene la semana.





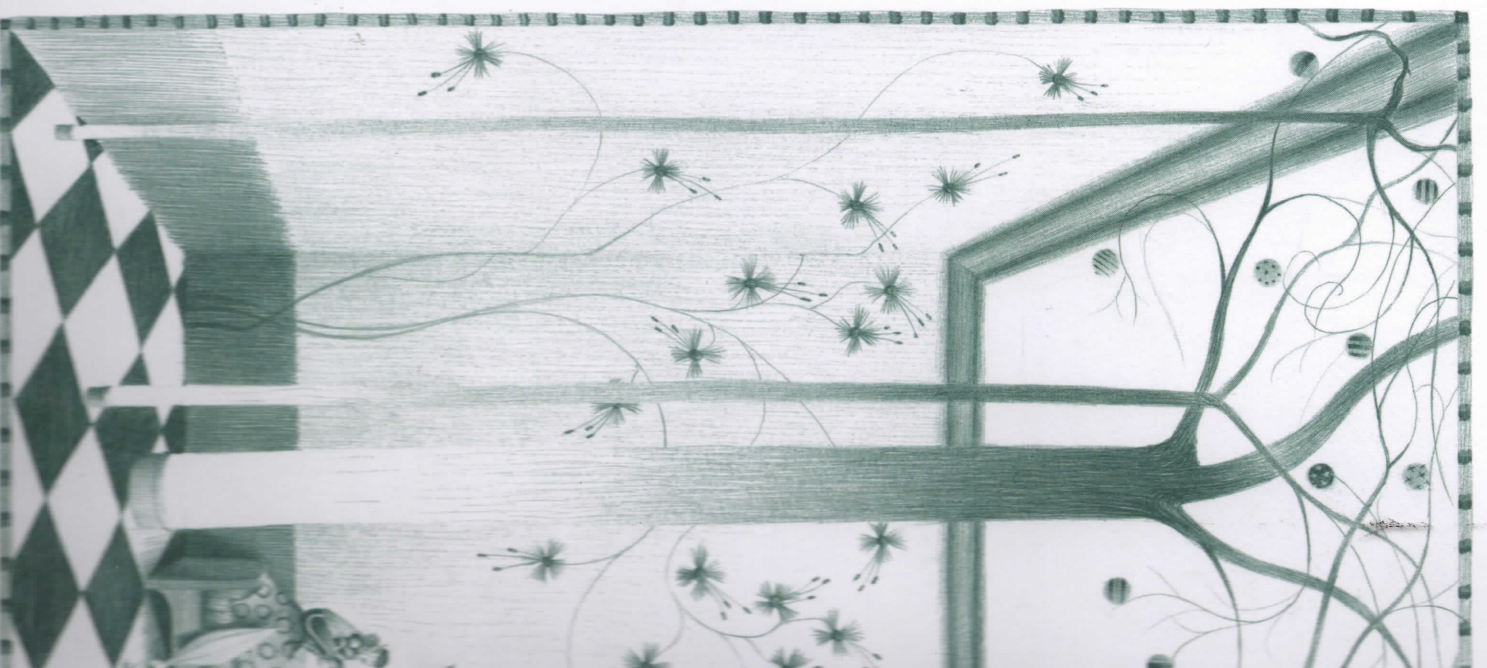
—Escucha con atención —le dijo Ole Cierraojos a Víctor la primera noche, después de acostarlo—. Para empezar, voy a decorar tu cuarto.

Al momento, todas las flores de las macetas se transformaron en grandes árboles que extendían sus ramas por las paredes hasta alcanzar lo alto del techo. En un abrir y cerrar de ojos, el dormitorio se convirtió en un precioso cenador. No había una sola rama que no estuviera repleta de unas flores más bellas que cualquier rosa. Todas despedían un aroma delicioso, y, si por casualidad os apeteciera comer una, sabed que eran más dulces que la mermelada. Las frutas brillaban como el oro y de las ramas también pendían pastelillos rellenos de pasas. Aquello era una auténtica maravilla.

De repente, se oyeron unos quejidos horribles procedentes del cajón donde Víctor guardaba sus libros del colegio.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí? —preguntó Ole Cierraojos.

El elfo se dirigió a la mesa y abrió el cajón. La que gritaba era la pizarra: se sentía mal porque en el problema de Víctor se había colado una cifra equivocada. El pizarrín quería corregir el error, pero no llegaba, y, atado a la cuerda, daba saltos como un perrito que intenta soltarse de su correa.





Quien tampoco dejaba de lamentarse era el cuaderno de caligrafía. ¡Qué desagradable resultaba oírlo! Sus páginas estaban decoradas con letras mayúsculas acompañadas por su minúscula y formaban una línea perfecta de arriba abajo, hasta cubrir todo el alto de la hoja. Junto a aquellas preciosas letras había otras que pretendían parecerseles: las que Víctor había trazado. Sin embargo, estas últimas no se apoyaban en las líneas, como correspondería, sino que las atravesaban, como si hubieran tropezado y caído torpemente.

—Fijaos bien. ¡Tenéis que estar así! —advertían las letras modelo—. Así, ¿lo veis? A mi lado y bien alineadas. ¡Y el trazo, sin levantar el lápiz!

—¡Ay!... ¡Qué más quisiéramos! —respondían las letras de Víctor—. Pero no lo conseguimos. Estamos muy malitas.

—Pues habrá que daros un purgante —les anunció Ole Cierraajos.

—¡No, no, por favor! —gritaron agitadas. Y enseguida se colocaron tan derechitas que daba gusto verlas.

—¡Uf!, ahora es imposible contarte un cuento, Víctor —suspiró Ole Cierraajos—. ¡Debo ponerlas a hacer ejercicio!

¡Un, dos! ¡Un, dos! El elfo las obligó a hacer gimnasia y al final consiguió que se mantuvieran firmes, tan perfectas y bellas como las letras modelo. Pero, en cuanto el elfo Ole Cierraajos se marchó, Víctor comprobó que volvían a estar tan torcidas como antes.





Cuando Víctor se metió en la cama, Ole Cierraajos tocó los muebles de la habitación con su jeringuilla mágica. Al instante, todos comenzaron a parlotear; aunque solo hablaban de ellos y de sus cosas. La única que se mantenía callada era la escupidera, furiosa ante la vanidad de sus compañeros, a quienes solo les interesaban sus propias tonterías y no pensaban nada más que en sí mismos. A ella nadie parecía prestarle atención; permanecía modosita en su rincón, mientras soportaba que todos le escupieran.

Sobre la cómoda colgaba un gran cuadro con un marco dorado. Se trataba de un paisaje con inmensos árboles vetustos, prados llenos de flores, un lago y un río que fluía detrás de un bosque para luego pasar por delante de varios castillos antes de desembocar, a lo lejos, en el mar.

Ole Cierraajos tocó el cuadro con la jeringuilla mágica. De inmediato, los pájaros comenzaron a cantar, las ramas de los árboles oscilaron y las nubes recorrieron el cielo, dejando a su paso una ligera sombra por todo el paisaje.

El elfo elevó a Víctor hasta el marco. El niño extendió las piernas y se coló en la pintura; se encontró de pie en la hierba, disfrutando del cálido sol, cuyos rayos se abrían paso a través del ramaje.

